

# Eduardo Mendicutti

## PARA QUE VUELVAS HOY

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

EDUARDO MENDICUTTI  
PARA QUE VUELVAS HOY

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2020

© Eduardo Mendicutti, 2020

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-797-2  
Depósito legal: B. 2.922-2020  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación:  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

## Índice

Un ramo como un árbol.....	15
La voz de Cabracho.....	41
Poquito peinado para tanta peineta.....	61
Una merienda en familia.....	85
A la manera de la ruleta rusa .....	109
Cómo llorar a un amigo.....	129
También se sueña con las cosas felices .....	147
Romántico a sus años.....	167
Así sonreía mi gente .....	197
Un libro, ya ves tú qué regalo .....	225
Besos, <i>sombras</i> .....	245
<i>Nota del autor</i> .....	249

## Un ramo como un árbol

Eran mimosas.

Casada, eso me preguntó ayer la niña, que si he estado casada. Si no hubiera sido lo que he sido me habría casado a tontas y a locas, como casi todas. O enamoradísima, que no sé qué es peor.

Estoy segura de que eran mimosas. Bueno, casi segura. Fue preguntarme la niña que si he estado casada y yo ya no dejar de pensar en él. Ni a la luz del día ni de madrugada. Casi no he pegado ojo en toda la noche. Ni en toda la mañana, a ver si soy capaz de dormir un poquito de siesta. De lo que sí estoy segura del todo es de lo que ponía el papelito que me dejó Fernando con las mimosas. «Para Isabel, mi primer amor.» Eso ponía. Me acuerdo sin parar de lo que ponía y me entran ganas de llorar, pero no voy a llorar, no se lo merece. O sí que se lo merece. No sé. Claro que, en

aquellos tiempos, quinientas pesetas de mimosas eran muchas mimosas. Como para llenarle el cortijón de mimosas a más de una señorona finolis de las que he conocido en mi vida. Por eso a lo mejor no eran solo mimosas, pero mimosas sí que había. Delante de nuestra casa de la colonia de La Algaida había un árbol de mimosas. Qué preciosidad.

Y que conste que yo no tengo nada en contra de las señoronas finolis que acaban con el cortijón como un invernadero, qué va una a tener en contra con lo que una ha sido, también esas criaturas tienen derecho a disfrutarlo, a lo que no tienen derecho es a dárselas de estiradas y limosneras y a ponernos cara de pasmarotes estreñidos cuando pasan junto a alguna de nosotras o, lo que es peor, cara de sufrimiento eterno por nuestros pecados, no por los suyos, en sus pecados ni se les ocurre pensar, menos a la hora de confesarse, que se confiesan y tan contentas, y se mueren de ganas de echarte un sermón por ser una lo que era y ganarse la vida como se la ganaba. Como yo le pregunté a doña Carmela, la señora de aquella casa en la que estuve tres meses como mucho, cuando le dije que me despedía para hacerme puta, ¿tú estás dispuesta a pagarme el triple de lo que me pagas?, que empezó

ella a hacer morisquetas como un molinillo y a decirme que esa era una manera muy fea de ganarse la vida, ¿es que tú estás dispuesta a pagarme mil pesetas al día?, eso le pregunté, pues entonces sal al balcón a hacer todos esos aspavientos y luego bajas y te compras un camión de riego del Ayuntamiento para que te quite la mierda. Así, tuteándola del tirón.

Mi madre me había dicho que doña Carmela era de las nuestras. Ya ves tú, de las nuestras. Yo sé que había querido decirme que era medio bolchevique, y su marido también, aunque tuvieran buen piso en Madrid y un chalecito divino en el pago de La Jara, que por allí, en la parte que da al mar, era por donde tenían todos los señoritos sus fincas de recreo, y mi madre iba a hacerles el cuerpo de casa todos los veranos, y el señorito hasta la llamaba de vez en cuando, entre bromas y veras, camarada, y a mi madre eso le impresionaba mucho. Buena gente, decía mi madre, y yo no digo que no. Ellos conocían la historia de mi padre y yo a veces iba con mi madre al chalé de doña Carmela y ella me dejaba estar por allí jugando a mis cosas, y hasta se le escapaba hacerme una caricia cuando se le ablandaba el costurón bolchevique, qué tirria le tengo yo a tanta caricia. Cuando

me hice mocita, doña Carmela le propuso a mi madre llevarme con ella a Madrid a ayudarla en el servicio. No digo que se portaran mal conmigo, eso no, solo que me pagaban menos que a un cura por un sermón, y cuando decidí hacerme puta, porque ya había conocido a alguna muchacha que se dedicaba a ese oficio y me hizo mucha propaganda, a doña Carmela toda la fuerza se le fue en poner caras de agobio y preocupación y en lamentaciones. Solo le faltó santiguarse treinta días seguidos por la salvación de mi alma. Le hice prometerme que no le diría nada a mi madre, y eso no sé si lo cumplió del todo, no lo sé, aunque mi madre siempre aparentó que no lo sabía, ni me preguntó nunca.

A la niña se lo conté de prisa y corriendo, no estaba yo para entrar en filigranas. Digo lo de Fernando. Pero se lo conté ayer mismo, yo sé que se quedó con ganas de más, se lo conté sin esconderle nada importante para que lo entendiese todo, pero sin ponerle al cuento muchas tirasbordás. Yo era eso, a él le pasaba aquello, yo le devolví el dinero y él con ese dinero me mandó un ramo de flores que no cabía en una bañera, yo me moría de ganas de que volviese y él, muchas flores, pero no volvió. Vaya si lo entendió. Se quedó afectadísima, según ella, muy emocionada. No sé.



Un poquito de sueño sí que me está entrando a estas horas, antes de almorzar. Pues me dejo dormir y ya me despertará Sandi con el almuerzo. A ver si descanso un poco, me pesan los ojos, me escuecen, a ver si me duermo y se me va todo esto un rato de la cabeza...

*Las sombras se mueven como si estuvieran sueltas cerca de la playa. El oleaje no las estrella como si fueran barcas contra los acantilados, ni las hace astillas en alta mar, devoradas poco a poco por las mareas, solo las mece y dan vértigo. Las sombras son negras, o grises, o casi blancas, todas se mueven, se mezclan, entran unas dentro de otras, salen unas de otras tal como entraron, o manchadas, irreconocibles. Las sombras revuelven el cuerpo entero. A veces, se vomitan sombras.*

—Isabel, me ha dicho Sandi que estabas dormida.

—No estoy dormida. ¿No lo ves?

—Claro que lo veo. Pero Sandi me ha dicho que no has comido porque estabas dormida y no ha querido despertarte.

—No tengo apetito. Tengo fatiga.

—¿Te preparo algo? ¿Una manzanilla?

—Tú sabes que yo he sido puta, ¿verdad, hija?

—Sí, Isabel, claro que lo sé. Como para no saberlo. Me lo dijiste ayer unas cuantas veces, qué expresiva eres, no hace falta que me lo digas más.

—Te lo diré todas las veces que me salga de la empanadilla, no seas tiquismiquis. ¿Y alguna vez te he contado lo de Fernando?

—Sí, mujer, alguna vez, es decir, ayer mismo. Y es una historia tan bonita...

—Es que a mí me está dando mucho sentimiento contarle. A nadie se lo había querido contar desde que se lo conté a la Kati, a la única que se lo conté, que se llamaba Escolástica, ya ves tú. Pues no me viene la Kati una noche y me cuenta la historia con todos los detalles, como si le hubiera pasado a ella. Qué lástima me dio. Porque no me enfadé, me dio mucha lástima que haya quien tenga que robarle su vida a otra para poder contar algo bonito de la suya. Pero en ese mismo momento me juré que no iba a contársela a nadie más. A nadie. Y ahora te la estoy contando a ti, fíjate.

—No te preocupes, ya te he dicho que soy una tumba.

—A veces las tumbas hablan, te lo digo yo.

—No digas eso, Isabel. Qué horror.

—Tú no eres puta, ¿verdad?, así que no vas a salir por ahí a contarlo en primera persona, como si fuera un sucedido tuyo, ¿verdad que no?

—Claro que no, mujer. Qué gracia.

—¿Y lo de las mimosas también te lo he contado?

—Lo de las mimosas, no, Isabel. ¿Qué es eso? Ayer no me lo contaste.

—Es que a veces no me acuerdo de lo que te cuento. Cosas de la edad. ¿Qué edad dices que tengo, Martita?

—Ochenta y dos, Isabel.

—Ya ves tú. Como para pasarme ya toda la vida durmiendo la siesta.

Ochenta y dos. Por eso me olvido. Pero eso no se me ha olvidado nunca. Nunca me he olvidado de Fernando. Él seguro que se olvidó de mí. Yo no le cobré, cómo le iba a cobrar, le dejé las quinientas pesetas del servicio en el bolsillo de la chaqueta, y un papelito en el que escribí: «Para que vuelvas hoy». Pero no volvió. Fíjate, yo llevo toda la vida acordándome de él, y él seguro que no ha vuelto a acordarse de mí. Así son los hombres, no hay que darle más vueltas. También los hombres que no parecen como los demás. Porque un hombre corriente hace lo que hizo Fernando,

pero sin flores, él no era un hombre corriente. Una mujer sí hace lo que yo hice, sobre todo si es puta. Él no volvió. Y se olvidaría de mí. Yo, todas las noches, al volver a la pensión, le preguntaba al encargado de noche si no había vuelto el hombre que me llevó las flores. Yo no le habría cobrado nunca.

Estoy segura de que eran mimosas. Y algo más, supongo, por quinientas pesetas. El ramo, desde luego, era una exageración. Cuando aquel día volví a la pensión, el encargado de noche me dijo: «Ha venido un hombre un poco raro, como con cara de tísico, fíjate que esa cara me suena de algo, y con un ramo de flores del tamaño del paso de la Macarena, y me ha dicho: “Esto, para Isabel Peñalber”. En tu cuarto lo tienes. Y ya sabes que en esta casa no está permitido traer a los clientes». Y yo le pregunté que si acaso me había visto traer a la pensión a aquel hombre, y él me aseguró, sin que se le moviera ni una mijita el orzuelo, que no. Porque él tenía siempre un orzuelo en el ojo derecho. Cuando entramos, el encargado de noche no estaba en su sitio, y supongo que por la mañana, cuando Fernando salió, el encargado de día tampoco estaba en su sitio. En aquella fonda, que se las daba de mucho postín, casi nadie esta-

ba casi nunca en su sitio. Pero yo no podía llevar a Fernando a la pensión a la que íbamos casi todas a trabajar, por la misma calle de la Cruz, yo tenía que llevarlo a mi cuarto, a mi cama, donde yo tenía mis fotos y mis estampas encima de la mesita de noche, y mi ropita en mi armario, y mi lavabo en mi habitación, pero con su cortinita y su repisita con mis cremitas y mis pinturitas y mis colonias. Pero fue entrar y ponerse él a temblar como la llamita de una vela un Viernes Santo un día de ventolera. Y mira que yo había intentado que se calmase, y mi trabajito me costó, calmarlo a él y calmarme yo, porque a mí ya me estaba entrando coraje, que veía yo que se me echaba a perder el servicio, porque fue su amigo, un tipo con acento extranjero, el que me dio las quinientas pesetas y me dijo: «Para que te vayas con mi amigo». Y él que no y que no, descompuesto, que mejor otro día, y yo poniéndome zalamera, que es una cosa que siempre me ha arremolinado mucho los chícharos, yo a un cliente nunca le hacía carantoñas para que se decidiese, ni le insistía murmurándole cochinas, eso no iba conmigo, allí estaba yo con mi poderío, y si con eso al cliente no le bastaba, pues que circulase el aire. Pero con aquel fue distinto. Primero, porque quinientas pe-

setas eran quinientas pesetas, y segundo, porque me dio ternurita, ya ves tú, desde que le vi. Menos mal que el otro intervino y le dijo: «Mira, hombre, invítala a cenar por aquí cerca y verás como luego te animas». Y le dio otros veinte duros para que me invitase. Y él como si viese el cielo abierto, que bueno, que a cenar sí, y yo le dije que ni hablar, que, en todo caso, a cenar después, porque yo estaba trabajando, no alternando, y que después ya veríamos. Bueno, eso no se lo dije, pero es que era un principio que tenía una, no mezclar el trabajo con el entretenimiento. El entretenimiento es un desperdicio. Lo que sí le propuse es dar un paseíto hasta mi hotel de verdad, ahí exageré un poquito, porque para llamar hotel a aquella fonda había que exagerar mucho, pero al menos era más presentable que la pensión de mala muerte en la que trabajábamos, y eso que luego caí en la cuenta de que en el hotel, que había que tener cuajo para llamarlo hotel, las chicas teníamos prohibidísimo llevar a clientes, y en aquel momento estuve a punto de arrepentirme y llevármelo a la pensión descascarillada en la que ejercíamos, aunque estoy segura de que, en cuanto entrásemos en aquel portal que daba miedo, él sí que habría salido corriendo. Pero entonces él dijo: «Venga, va-

mos». Y lo dijo de una manera, estirándose un poco, como metiéndose valor a sí mismo, como si se lo estuviera prometiendo a su santísima madre, pero, sobre todo, mirándome de una manera, como si no acabara de creerse lo que tenía delante, aquella preciosidad que yo era entonces, con aquella cara de niña pero con aquel cuerpo ya de mujer hecha y derecha, con aquellos ojos, con aquellos dientes un poquito apiñados pero que no me importaba enseñar cuando me reía con toda la boca, aquella dentadura que a todos los clientes les parecía tan sexy, ya ves tú, que a muchos me parece que les daba un poco de miedo cuando me pagaban el extra por un francés, que yo para aquello también era muy selectiva, pero todos a los que les decía que sí se me ponían como un trueno, por el morbo de que yo pudiera dejarlos estropeados con aquella dentadura tan original, me parece a mí. El caso es que él me miró de aquella manera y a mí se me pasaron todos los miramientos y me dije, me lo llevo al hotel, y que sea lo que Dios quiera, ya me las apañaré con el encargado. Y salió bien.

—El encargado no estaba.

—¿Qué encargado?

—El de la fonda.

—Ya, la fonda a la que llevaste a ese hombre..., ¿cómo se llamaba?

—La Riojana. Ya ves tú qué nombre para un hotel como está mandado.

—No, mujer, la fonda no, cómo se llamaba el chico.

—¿El encargado?

—Isabel, voy a pensar que no quieres volver a decirme cómo se llamaba el chico que te llevaste a la fonda. Se llamaba Fernando, ¿verdad?

—No era un chico, era un hombre hecho y derecho. Me cuesta trabajo repetir su nombre. Menos mal que el encargado no estaba.

—Así que no estaba.

—La primera vez, no.

—¿Cómo que la primera vez? ¿Es que ese Fernando y tú volvisteis a estar juntos más veces?

—No, corazón.

—Eso te había entendido yo. Que nunca más volviste a verlo, que no volvió.

—Pero esa noche salimos por fin a cenar y luego volvimos a entrar otra vez.

—Y cuando salisteis y volvisteis a entrar, ¿tampoco estaba el encargado?

—Sí que estaba.

—¿Entonces?



—Estaba. Y dio un respingo cuando nos vio y puso cara de esbirro de todos los señoritos del mundo, seguro que de eso le sonaba la cara de Fernando, de aquel salir y entrar. Pero yo le había pedido a Fernando, antes de salir de la habitación, cincuenta pesetas, y él me las dio de su bolsillo, no de las cien que le había dado su amigo para que me invitase a cenar, que tampoco iba a sacarlas yo de las quinientas que me había dado a mí por el servicio, y yo se las puse al encargado en la entrada del recibidor, quiero decir encimita mismo de la portañuela, con un amago de pellizquito y todo, y a él se le quitaron de pronto las ganas de abrir la boca y empezar a graznar.

—Esto es nuevo, esto no me lo habías contado. ¿Y volvisteis después de la cena?

—Volvimos.

—¿Y entonces el encargado seguía allí o no seguía?

—Seguía. Pero se hizo el dormido. En aquellos tiempos, cincuenta pesetas podían dar mucho sueño, corazón. Ahora tengo sueño, ya ves.

Cenamos a medias, pero dormimos la mar de a gusto. Pero antes los dos tuvimos que pasar nuestro sofocón. Porque, a él, el empujoncito que le había entrado por dentro le duró lo que entrar

en mi cuarto, que fue verse allí conmigo a solas y quedarse como atragantado de la cabeza a los pies, y yo me dije este no me aguanta y sale corriendo escaleras abajo. Estaba el pobre como enyesado de pronto. Así que lo abracé. Tampoco me hizo falta abrazarlo mucho. Empezó de pronto a temblar. Y yo ahí sí empecé a decirle cosas bonitas, no cochinadas, cosas bonitas. Ya verás lo a gusto que vamos a estar, como si estuviéramos con nuestro brasero cargadito de picón una noche de mucho frío, como si no tuviéramos a nadie más en el mundo, como si todos los relojes, hasta el de la Puerta del Sol, se estropearan de repente, yo no tengo ninguna prisa, anda, cálmate, hasta que a ti te entre la cosquillita donde te tiene que entrar, qué bonito respiras ahora, qué calentito, cosas así le decía yo. Y de repente el hombre se me lio a llorar, pero a llorar. Aquello no era un hombre llorando, aquello era una tetera soltando toda el agua que tenía dentro, toda la llantera, no sé explicarlo mejor. Así que lo abracé más y le hice sentarse en la cama, yo tratando de no angustiarme, porque no se me ocurría qué podía pasarle a aquella criatura para llorar de aquella manera por estar allí para lo que estábamos, a lo mejor se le acababa de morir la novia de un retor-

tijón en el corazón, o la madre, con alguno al que se le acababa de morir la madre sí que me había ocupado yo alguna vez, y también fue raro, pero entonces él dijo lo que dijo.

—Tú ya sabes lo que al final me dijo, ¿verdad Martita?

—Lo sé. Eso sí que me lo dijiste ayer. Que era la primera vez que estaba con una mujer. Qué fuerte.

—Eso me dijo, sí.

—Venga, yo creo que es mejor que pienses en otra cosa.

—Qué sabrás tú. Déjame tranquila.

Eso me dijo. Me lo dijo aguantándose un poco el achare, pero sin levantar la cabeza, que la tenía apoyada en mi hombro, sin levantar los ojos, y la verdad es que me quedé un poquito alelada, aquello no me lo esperaba, aquel hombre no era un chiquillo, aunque algo de chiquillo sí que tenía, pero le calculé que si no había cumplido los cuarenta poco le faltaba, aunque era escasito, pequeño, delgado, pero ya me había dado yo cuenta de que no le faltaba por donde no le tenía que faltar. Era uno de esos hombres a los que se les nota enseguida el buen material del que están hechos, y la dureza que tienen por dentro, por más

que lloren. Y no me refiero a lo que piensen los mal pensados. A lo que me refiero es a que se le notaba que era un hombre de una vez, aunque llorase de aquella manera. Así que no tuve más remedio que preguntárselo: «Pero ¿tú qué edad tienes, criatura?». Y él sonrió con mucha tristeza. Y me dijo: «Cuarenta y dos». Y en aquel momento no se me ocurrió otra cosa: «¿Y no has estado con ninguna mujer? ¿Qué te ha pasado? ¿Eres cura?». Él entonces sí que se rio de verdad. Poquito, pero de verdad. Qué alegría. Qué peso se me quitó de encima al ver que aquel hombre era capaz de reír así. Y además me di cuenta de que era mejor no escarbar demasiado. Si no me quería contar nada más, que no me lo contase. Pero me dijo, achicando mucho la voz: «Acabo de salir de la cárcel». No lo pude evitar: «¿Después de mucho tiempo, corazón?», le pregunté. Me contó que mucho, que había estado en prisión, de penal en penal, veintitrés años, que lo habían metido con diecinueve. Un chiquillo. Y yo le pregunté lo que a lo mejor no le tenía que haber preguntado, pero lo hice: «¿Por qué?». Y él solo dijo: «Por pelear». Y le entendí perfectamente. Lo dijo de una manera, como solo lo puede decir una clase de hombre, por eso le entendí perfectamente. Porque así era como lo

decía mi padre. Porque seguro que él había peleado, y seguro que seguía peleando, por lo que había peleado mi padre. Me pidió que no le preguntase más. Y también le entendí. Más valía no saber demasiado. Tenía peligro, a lo mejor, saber demasiado. No me asusté, me emocioné, que hasta se me saltaron las lágrimas. Y él susurró: «Veintitrés años, y es la primera vez que estoy con una mujer. Qué vergüenza. Perdóname». Y empezó a llorar, pero como si no llorase.

—Sigues dándole vueltas en la cabeza, ¿verdad, Isabel? Se te nota. Y no me mires así. Está bien, te dejo, haz lo que quieras.

Eso. Una mujer de la vida sabe cómo consolar a un hombre que llora por eso. Sabe decirle lo que yo le dije. Tranquilo, cariño, llora si quieres, pero ya está, ya me lo has dicho. A partir de ahora, esto va a ser como abrir con llave una alacena y ya verás la de cosas bonitas que te encuentras, no sé cómo se me ocurrió decirle una cursilada así. Que no sabía lo contenta que me había puesto yo, que no sabía lo orgullosa que estaba yo de que se hubiera fijado en mí, que no sabía el cariño que yo iba a ponerle, que se olvidara de lo que acababa de decir. Y él empezó a dejarse hacer, sin tranquilizarse del todo. Y yo me tomé mi tiempo, y me

paraba cuando me daba cuenta de que tenía que pararme, y entonces solo le acariciaba, y él se dejaba acariciar, y fue dejando de llorar, y le acariciaba como hay que acariciar a un hombre que lo está pasando mal, y después empecé a acariciarle como hay que acariciar a un hombre cuando ya está pasándolo bien, y entonces lo mejor es callarse una, dejarle a él que se vaya soltando, y si en algún momento se extravía un poquito, que es lo más natural cuando es la primera vez, se le lleva al buen camino con mucho tiento, con mucha suavidad, dejándole creer que mientras se equivocaba tú también te lo estabas pasando bien, rico, no fuera él a sentirse torpe ni un solo segundo, no fuera él a sentir que se llevaba un reglazo de la maestra por una equivocación, como haría una maestra con poca paciencia y malas pulgas, por eso cuando él se equivocaba era como si no se equivocase, que él sintiera que era la primera vez que un hombre le hacía aquello a una mujer por primera vez. Besaba con los ojos abiertos, y yo también, era como si le viera con una lupa de aumento y detrás de un mosquitero. Fue lo más bonito que a mí me ha pasado en la vida. Yo creo que por eso a mí no se me ha olvidado jamás. No se me ha olvidado el disfrute que le reventó de pronto en el cuerpo en-

tero. Y el disfrute que me reventó a mí y me atravesó de la cabeza a los pies. Eso no se puede olvidar, sobre todo cuando una se ha dedicado media vida a lo que se ha dedicado. Por eso yo sonreí y noté que él notaba que yo sonreía y también sonrió y yo lo noté. Y poquito a poco se fue quedando como si se estuviera metiendo en una bañera llena de agua caliente. Y yo pensé que cuánto me gustaría quedarme allí toda la vida. Pero eso no se lo dije. A lo mejor por eso no quiso volver. A lo mejor tendría que habérselo dicho. En cambio, al cabo de un ratito, lo que le dije fue: «Guapito de cara, ¿tú no ibas a invitarme a cenar?». Y él se espabiló la mar de contento y dijo: «Claro que sí. Ahora mismo. No es tarde, ¿verdad?».

—Lo era y no lo era.

—Hija, no te entiendo. Isabel, ahora no te entiendo.

—Digo que era y no era tarde. Para ir a cenar. Para decirle lo que a lo mejor tendría que haberle dicho antes de vestirnos. Que cuánto me gustaría quedarme allí toda la vida. Por eso él no quiso volver.

—No creo, Isabel. A mí no me parece que ese fuera el motivo. No sé.

—Chiquilla, no debería hacerte esta pregunta,

pero te la voy a hacer, ¿tú ya has estado con algún muchacho?

—Ay, Isabel, no me preguntes eso.

—O sea, que no. ¿Tú qué edad tienes? ¿Veinte años, veintiuno? ¿Y nunca has estado con un muchacho? No te pongas colorada, criatura. Uy, ¿no serás una catequista de esas? ¿A ti no te paga el Ayuntamiento por echar conmigo las tardes?

—No, no. A mí no me paga nadie. Somos un grupito de gente joven que nos hemos organizado para hacer compañía a personas mayores.

—Ay, no sé si eso me gusta. Deberían pagarte. A mí no me gusta que nadie haga caridad conmigo. No me gusta. Y espabílate.

—¿Que me espabile cómo? ¿Quieres que me vaya?

—No, hija, no, no te vayas. ¿Cómo voy a querer que te vayas? No te habrás enfadado, ¿verdad?

—Isabel, por Dios, ¿por qué me voy a enfadar?

—Por lo que te he dicho. Te lo he dicho por tu bien. Que espabiles para estar con un muchacho. Hasta que no estés con un muchacho no vas a empezar a entender lo que les pasa en la cabeza a los hombres. Te lo digo yo. Y no te pongas colorada, criatura. Pero no te vayas.

—Venga, tranquila, claro que no. Y si no tie-



nes ganas de hablarme, no me hables. Descansa un poco.

Que descanse, que descanse... Era muy tarde, sí, pero había un sitio en Echegaray, un asturiano que cerraba a las tantas, a dos pasos de Los Gabrieles, aquella sala de fiestas que era como la casa del Papa de todos los desparrames, ya quisieran las discotecas que luego se pusieron de moda en Nueva York, llenas del golferío moderno, a Los Gabrieles iba el golferío de toda la vida, y en el asturiano cenaban a las deshoras más desviadas chicas solas o con sus hombres, artistas, músicos, camareros de bares y salas de fiestas de la zona, a veces algún señorito de mucho abolen-go con su querida o su querido, un público así, muy gracioso, lo mejor de cada casa, como decía Ricardo, aunque Ricardo se refería a otro ambiente, al del Chevrolet, yo no sé a qué hora cerraba, no antes de las cinco de la mañana, seguro. Tan tarde no era.

Una cena rara. Hablamos mucho, sobre todo yo, pero no hablamos de lo que no se podía hablar, aunque yo me moría de ganas de que él hablase de eso. Yo le iba contando a salto de mata mi vida, conforme él me preguntaba, aunque tampoco se lo conté todo. Él me preguntaba cosas

normales y limpias, digo que no me preguntaba cosas morbosas, y mientras hablábamos y cenábamos, él me cogía la mano o yo se la cogía a él. De lo que cenamos no me acuerdo. A veces quiero acordarme y no me acuerdo y me da rabia. Me he pasado la vida, desde entonces, acordándome de todo punto por punto. De casi todo. Tampoco me acuerdo de cuándo me dijo que se llamaba Fernando, ni me acuerdo de cuándo yo le dije que me llamaba Isabel, Isabel Peñalber. Ni de lo que cenamos, una sopa de picadillo, a lo mejor, porque era lo que yo cenaba todas las noches que iba por allí, la hacían riquísima, y desde luego él tampoco era de mucho comer, a lo mejor una tortilla francesa, algo así de simple, y a lo mejor por eso no me acuerdo. Yo no le pregunté a qué se dedicaba ahora que estaba libre, no le pregunté alguna cosa que de pronto empezó a rascarme la lengua de pura curiosidad, no le pregunté si había hecho la guerra, no le pregunté si alguna vez había matado a alguien, pero eso fue como si me lo adivinara. Me juró que nunca había matado a nadie, al menos que él supiera, porque en la guerra uno dispara desde una tronera y no sabe si mata a alguien o no. Yo le pedí, como se le piden las cosas a un niño, que no siguiera. Y él sonrió. Yo enton-

ces le dije que nos volvíamos a dormir a mi habitación, y él, sin hablar, solo con la cabeza, dijo que sí. Nos levantamos de la mesa y él me besó la mano, como si yo fuera una señora de postín, cuando yo era lo que era, una chiquilla, y además todo el mundo me echaba siempre menos edad de la que tenía.

Dormimos bien. Qué bien dormimos. De un tirón. Y no es que yo me levantara muy temprano, me levanté como siempre, a eso del mediodía, pero él seguía durmiendo como un chiquillo. Ahora que lo pienso, muy pronto empezó él a no echarme de menos, ya ves tú. Procuré no hacer ruido. Me fui al cuarto de baño que había en el pasillo y allí me aseo y me arreglé. Cuando volví a la habitación, descalza para no armar bulla, él seguía durmiendo. Cogí mi bolso y allí estaban las quinientas pesetas que su amigo me había dado para que me fuera con él. Se las metí en el bolsillo de la chaqueta...

*Hay sombras que caben en un rincón. Hasta que se escapan, como si reventasen, y lo llenan todo y salta un relámpago que te zarandea como un calambre.*

—Martita, eso ya te lo he contado, ¿verdad?

—No sé. ¿Qué me has contado ya?

—Que le dejé las quinientas pesetas en el bolsillo de la chaqueta que él había dejado en una silla, muy arregladita.

—Sí que me lo has contado. Eso sí. Es precioso.

—Y que le escribí medio a tuntas y a lápiz lo que le escribí. Y le metí también el papelito en el bolsillo de la chaqueta. Le había escrito: «Para que vuelvas hoy». Y no volvió.

—Mujer, sí que volvió. Para llevarte las flores.

—Sí, es verdad. Sí que volvió, pero no para lo que yo quería que volviese. No volvió para lo que a mí me hacía falta que volviese.

—Deberías quedarte con lo bonito, Isabel, no con lo que te haga pasar un mal rato.

—Cuando entré en mi cuarto y vi aquel ramo exageradísimo, estuve a punto de echarme a llorar. Y cuando leí la nota que había escrito me eché a llorar del todo. «Para Isabel, mi primer amor.» Estuve sentada en la cama un rato largo, acariciando las flores como si fueran él. Anda, tú no me acaricies tanto, que estoy bien.

Estoy segura de que eran mimosas. Delante de la puerta de mi casa de la colonia había un árbol de mimosas. Qué bonito se ponía el árbol cuando se acababa febrero. Su primer amor. Pero no vol-

vió a acordarse de mí, seguro que no. Mi único amor. Yo no he podido olvidarme de él. Así es la vida. No he dejado de pensar en él ni un solo día, sobre todo cuando me quedo sola por la noche en mi cama. Cuando se iba el último cliente y yo me quedaba sola en mi cama. Nunca. Aunque dejara que algún hombre se quedara conmigo toda la noche, no más de dos o tres hombres en toda mi vida. No por lo que me pagaban por quedarse, sino para ver si así se me quitaba la pena. Esta pena de que él no hubiera vuelto. Tampoco con Tono, mi Corderito. Tampoco cuando Ricardo se quedaba a dormir. Nunca. Seguro que él se olvidó enseguida de mí. Así es la vida.